Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Rúbricas Número 01. Trata y Tráfico de Personas

Sobre la realidad, el caos y la verdad

Fazio, Carlos

2015-03-20

http://hdl.handle.net/20.500.11777/756

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

Sobre la REALIDAD

EL CAOS Y LA VERDAD*

Fotografía: Daniela Parra

Carlos Fazio

* *Lectio Brevis*. Texto leído en la ceremonia de Inauguración de Cursos 2010, de la Universidad Iberoamericana Puebla, el jueves 26 de agosto de 2010, en el Auditorio Gimnasio Ignacio Ellacuría.

Carlos Fazio, nacido en Montevideo, Uruguay y naturalizado mexicano, es periodista de profesión. Se desempeña como docente de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de México (UNAM) y es profesor colaborador habitual del diario *La Jornada* y de la Agencia Prensa Latina. Es corresponsal del semanario *Brecha,* de Montevideo. Ha sido consultor de UNESCO y UNICEF, y director de la Agencia Latinoamericana de Servicios Especiales de Información (ALASEI).

Es para mí un honor participar en la ceremonia de inauguración de cursos en este plantel poblano de la Universidad Iberoamericana. Me es muy grato y agradezco la invitación a las autoridades. En especial, al maestro David Fernández Dávalos, rector de la institución y al maestro Juan Luis Hernández Avendaño, director académico.

Me pidieron que a manera de bienvenida dijera unas breves palabras sobre la realidad.

Al respecto, en tono de advertencia, quiero citar algunas conclusiones que nos legara de manera póstuma un sacerdote jesuita del que este gimnasio recoge su nombre: Ignacio Ellacuría.

Él decía que:

> LA VERDAD DE LA REALIDAD NO ES LO YA HECHO; ESO ES SÓLO UNA PARTE DE LA REALIDAD. SI NO NOS VOLVEMOS A LO QUE ESTÁ HACIÉNDOSE Y A LO QUE ESTÁ POR HACER, SE NOS ESCAPA LA VERDAD DE LA REALIDAD (...) LA REALIDAD Y LA VERDAD HAN DE HACERSE Y DESCUBRIRSE, Y HAN DE HACERSE Y DESCUBRIRSE EN LA COMPLEJIDAD COLECTIVA Y SUCESIVA DE LA HISTORIA, DE LA HUMANIDAD.

Volveré al final sobre Ellacuría, pero quiero decirles, a quienes no lo sepan, que Ellacuría fue un filósofo y teólogo español-salvadoreño, humanista, altavoz de la Teología de la Liberación y rector de la Universidad Centroamericana en San Salvador. Rector de una Universidad que quiso autónoma, respecto del poder civil y del poder eclesiástico, que se granjeó la enemistad de algunos sectores financieros y militares, sufrió persecución y destierro, y murió asesinado en 1989 por un pelotón del Batallón Atlacatl de la Fuerza Armada de El Salvador.

Con este antecedente, de manera un tanto esquemática, desgranaré algunas ideas a modo de sacudimiento.

De provocación, en el sentido de generar en ustedes una reflexión crítica. Creadora. Transformadora.

Son ustedes parte de la generación del centenario. Llegan a la Universidad. Son privilegiados. Sepan que esa condición implica una responsabilidad. Una responsabilidad y un compromiso con la sociedad, con la institución y con ustedes mismos.

Reciban la más cordial bienvenida a la Ibero. Pero también al caos. No se asusten. Aquí nos tocó vivir.

Deben aprovechar esta oportunidad, la de su ingreso a la Universidad, para colaborar en la construcción de un país. Donde quepamos todos. Donde quepan los muchos Méxicos que coexisten en la geografía nacional.

Con Eduardo Galeano, comenzaré diciéndoles que vivimos en un mundo patas p'arriba. Un mundo inhumano. Violento. Caótico. Deshumanizado. Basado en estructuras injustas, opresivas. Generadoras de pobreza y exclusión social.

Un mundo, y un México en particular, donde reinan la corrupción, la impunidad y la simulación. La mentira organizada.

Vivimos, hoy, además, en un México de horror. De gente mutilada, degollada, descuartizada. De ejecutados de manera sumaria. De desaparecidos por razones políticas. Donde se criminaliza la pobreza y la protesta social. De *feminicidios y juvenicidios*, como en Ciudad Juárez. De jóvenes desechables asesinados por escuadrones de la muerte y grupos de limpieza social. De niños acribillados en retenes militares por las llamadas fuerzas del orden. De estudiantes ejecutados en centros de diversión, como los 16 preparatorianos asesinados en Ciudad Juárez o que caen víctimas de la "adrenalina" de soldados todavía impunes, como los dos alumnos de excelencia que perdieron la vida en el Instituto Tecnológico de Monterrey.

Un país de fosas comunes, de donde surgen, como en estos días, los restos de 72 migrantes indocumentados centroamericanos ejecutados por los cárteles de la economía criminal.

Todo esto es trágico y no exagero. Forma parte de la realidad.

En el marco de un Estado de tipo delincuencial y mafioso, cleptocrático, es decir, gobernado por ladrones, nos han "acostumbrado" a una violencia, que ahora, quienes la ejecutan, buscan "normalizar".

Desde arriba, se quiere instalar un tiempo de guerra y de barbarie. Vivimos sumidos en una presunta guerra entre buenos y malos, que ha resultado muy letal. Que según cifras oficiales ha generado la muerte de 28 mil mexicanos en sólo tres años y medio.

Pero las víctimas de esa violencia reguladora son más. Muchas más. Producto de esa violencia, muchos niños quedaron huérfanos de padre y con sentimiento de pérdida y venganza.

Deben saber, también, que vivimos en un México donde 7.5 millones de jóvenes de entre 12 y 29 años no estudian ni trabajan. Son los llamados *ninis*. Seres sin sitio social, a los que el Estado no les ha dado futuro. Han quedado excluidos de las oportunidades de estudio y de trabajo. La mayoría de ellos viven en la pobreza extrema.

Vivimos, también, en una sociedad de niños depredados sexualmente. En un México, donde incluso líderes religiosos lanzan invectivas difamatorias y ofensivas, que son también intolerantes, discriminatorias y violatorias del principio de laicidad del Estado consagrado en la Constitución Política mexicana.

* * *

Si me atrevo a comentarles todo esto, aquí, en este recinto que lleva el nombre de Ignacio Ellacuría, es porque su práctica de vida fue liberadora y porque el lema de esta Universidad Iberoamericana reza: "La verdad nos hará libres".

Pero no crean mi verdad. Duden. Duden de todo. Analicen. Critiquen todo. Ustedes tienen en sus manos la posibilidad de construir un mundo diferente. Otro mundo es posible, sí. También otro México.

* * *

Les he hablado del horror. Sé que la mirada sobre el horror paraliza, espanta. El mensaje del poder busca imponer la idea de que es mejor callar; el silencio como forma de sobrevivencia. De esa forma, el silencio se hace aliado o es cómplice del terror.

Pero la peor solución, además de cruel, inhumana, es ser cómplice del silencio. Llevar la mirada hacia el costado y vivir como diciendo "aquí no pasa nada".

La resistencia a saber, individual y colectivamente, y el asco y el miedo que despiertan situaciones como las que les he descrito, además de la cárcel, la tortura, las desapariciones forzosas, los genocidios, las ejecuciones sumarias como la de Ignacio Ellacuría y sus cinco compañeros jesuitas en El Salvador, nos invitan a huir de esos temas.

En sentido contrario, la palabra engendra esclarecimiento. Para quienes lo han padecido, la memoria del terror es imborrable. La fuga en el olvido, en el borramiento de la experiencia, es impracticable. La memoria del horror no caduca ni tiene punto final.

Por eso, a partir del testimonio de las víctimas, del esclarecimiento de la verdad y la recuperación de la memoria histórica, colectiva, es necesario comprender qué ocurrió y cómo ocurrió.

* * *

Nos acercamos a septiembre, mes patrio. De entre los fuegos de artificio de la hora deben ustedes distinguir el país formal del país real.

Y por paradójico que parezca, en la llamada sociedad del conocimiento priva un desconocimiento producto de políticas deliberadas de ocultamiento de la información y la verdad.

Como tantas veces antes en la historia reciente se nos pretende pasar "gato por liebre".

Decía hace poco Pablo González Casanova, que los antihéroes de antaño son los héroes de ahora y se les rinde culto.

¿Qué vamos a festejar? ¿La Revolución? ¿La Independencia?

Si algo no les gusta a los que mandan en México es la Revolución. La Revolución fue un gran movimiento de masas y al Partido Acción Nacional y sus patrocinadores, los verdaderos amos de México, no les gustan las masas.

¿Vamos a festejar acaso la Independencia en el marco de un gobierno que ha abdicado en la defensa de la soberanía nacional?

En lo que va del sexenio, de manera reiterada, el jefe del Ejecutivo ha invocado el *mantra* de la "unidad nacional" para enfrentar el fantasma de un país profundamente dividido en clases, empobrecido, agraviado. A punto de estallar.

En estos días de celebraciones centenarias y *bicentenarias*, asistimos a una *waldtdisneylandización* de la historia. Echando mano de la cultura del espectáculo, una cultura alienación, consumista, mediática, amansadora, encubridora de la ideología dominante, desde los círculos gubernamentales se intenta ocultar esa realidad de horror y muerte en muchos espacios de la geografía nacional, para legitimar los monólogos de un poder presidencialista conservador, decadente, fatuo.

Pero la historia no se puede silenciar. La memoria del horror está presente, aunque las grandes mayorías no saben que todo es posible. Por eso, debemos reintegrar a la memoria colectiva lo que, de olvidarse, retornaría.

Debemos oponernos a la inercia del consenso, del "borrón y cuenta nueva" y el "no te metas" del discurso dominante que quisiera un pasado sepultado para siempre, y un presente de gente callada, pasiva. No participativa.

Si intento llamarles la atención sobre estos temas, es porque con gran profusión, algunos hechos del pasado

reciente reaparecen en muchas latitudes, y asoma el gesto inaugural de un poder totalitario y violento que define al *enemigo interno:* el campesino indígena, el insumiso, el obrero, el pobre, el sedicioso, el migrante, el indigente, el extranjero como sinónimo de terrorista, pandillero o narcomigrante, con la intención de imponer una verdad única en la lógica del orden instituido y como estrategia de poder y prácticas rutinarias del neoliberalismo de guerra, con la impunidad como política de Estado.

* * *

Son muchos los que se preguntan para qué resistir al olvido. Y respondemos que esa es una de las batallas cruciales del inicio del tercer milenio, porque en el mundo actual se dan las condiciones de reproducción de la barbarie y del horror nazi-fascista.

Hoy, como ayer, que nadie diga yo no sabía. La impunidad no es sólo un problema jurídico ni del pasado. La impunidad tiene una dimensión política. Es un problema de la sociedad. Y cuando una sociedad niega el crimen que todos conocen, cuando el horror se sabe pero no se admite, el mensaje edulcorado de inocencia es un efecto de impostura y de mentira.

No hay un agujero de la memoria. Lo que existe es una trivialización del crimen horroroso. La banalización de un horror que muchos conocen y del que pocos hablan. Un horror concreto. Por ejemplo, en Acteal, Aguas Blancas, El Charco, Atenco, la ciudad de Oaxaca, Pasta de Conchos, el que viven los trabajadores del Sindicato Mexicano de Electricistas…

El nuevo Estado policial autoritario se presenta ante la sociedad como "el salvador". Por ello, busca legitimar el uso de la fuerza y genera de *facto* un Estado de excepción. Con el juego de la "lucha contra el terrorismo" y el "crimen organizado", encarcela a la sociedad. Nos vigila. Limita los espacios públicos. Invade la privacidad de las personas. Impone nuevas leyes represivas como la Ley Antiterrorista. Fomenta la delación.

Además, con su racismo, su discriminación y sus arrasamientos culturales; con sus fundaciones, sus centros de pensamiento, su terrorismo mediático y sus oligopolios al estilo Televisa; con sus oscurantistas adoctrinadores tarifados, tipo Enrique Krauze, Jorge Castañeda y Héctor Aguilar Camín, nos imponen nuevas reglas que sancionan impunidad arriba y terror abajo, mientras instalan por doquier sofisticados sistemas de control y vigilancia electrónica de red en el marco de la doctrina Giuliani.

Ante este estado de cosas, pensamos que conocer el origen y la naturaleza del dolor, los mecanismos del terrorismo de Estado y del discurso del poder que justifica la barbarie y el odio al *otro*, al *diferente*, implica quizá desarmar su lógica de manera preventiva, su vigencia hoy y su eficacia.

Termino. Les hablé sobre una realidad de horror; la del México de nuestros días. Vuelvo a Ellacuría. Él decía que "la realidad y la verdad han de hacerse y descubrirse, y que han de hacerse y descubrirse en la complejidad colectiva y sucesiva de la historia".

Él fue muerto, igual que el Jesús histórico en el que creía, porque era una amenaza contra el orden social instituido. Porque en su denuncia y compromiso estaba del lado de la justicia, frente al odio y la opresión.

Él asumió una opción ética. Vivía como pensaba y pensaba como vivía. Hizo de su Universidad un instrumento al servicio de las mayorías, y frente a las estructuras injustas dio una función liberadora a su filosofía. Enfrentó situaciones de no-libertad y no-verdad con elementos críticos y propositivos para superar ese estado de cosas. Impulsó los objetivos emancipatorios de la ilustración; buscó humanizar la realidad y transformarla.

Ustedes, jóvenes, muchachas y muchachos que arriban a la Universidad, son la primera o segunda generación del neoliberalismo. Nacieron cuando se había impuesto a sangre y fuego una cultura de alienación. *Un modelo de cultura que multiplica el individualismo, el darwinismo social, la insolidaridad, el egocentrismo y el afán de consumo.*

Frente a esa realidad que vivió y por la que murió, Ellacuría impulsó una liberación como proceso y proyecto de hombres y mujeres actores y autores de su propio proceso histórico. Él decía que la liberación es un proceso. "En lo histórico es un proceso colectivo de transformación, cuando no de revolución." En lo personal, la libertad es un proceso de autonomía y autodeterminación.

Él decía que la liberación de las estructuras injustas (pensemos en este México de horror que les he descrito) y la creación de nuevas estructuras, fomentadoras de la dignidad y la libertad, se constituyen de la libertad de los individuos dentro de su contexto nacional y libertad para los pueblos dentro de su contexto internacional.

Pero no hay libertad para todos sin justicia para todos.

Los exhorto, pues, a ser críticos desde un horizonte de afirmación y de esperanza (utopía).

Y cuando puedan, aquí en la Ibero, sumérjanse en el llamado ético de Ignacio Ellacuría, que los invita-invito a situarse del lado del oprimido en los procesos históricos de dominación-emancipación.

Es el no-ser del oprimido y reprimido quien determina el lugar adecuado desde donde se manifiesta la verdad de la realidad.

Bienvenidos al caos en tránsito hacia la utopía.